

BAUSEN

Ha muerto Teresa, mi querida Teresa, mi compañera, mi amor.

Estos montes tan fríos la han helado el cuerpo, ese cuerpo menudo y frágil que se imaginaba más fuerte de lo que era. El frío se le metía dentro todos los otoños y no lo soltaba hasta bien entrada la primavera. Varias neumonías fueron debilitando sus pulmones, el médico decía que no le convenían esta humedad, estos inviernos... pero ¡a ver donde nos íbamos a ir nosotros!. En el mes de noviembre, volvió a enfermarse, sus ojeras y sus labios violáceos no volvieron a recuperar el color, y poco a poco, echando vida en cada tos, se apagó, se fue.

Ella se empeñaba en ir al robledal cada mañana a por leña. Yo le decía: -"Teresa, espera a que venga del ganado, ya la traigo yo a la caída de la tarde"- . Pero nada, día tras día, año tras año, dejaba a los hijos en la escuela, se encaminaba a unas tierras en la montaña que heredé de mi madre, y se echaba a las espaldas los fardos. Ella decía que no le costaba ningún trabajo, que no quería que lo hiciera yo, porque ya trabajaba bastante.

Me cuidaba, siempre estaba pendiente de mí, tanto, que casi siempre, se olvidaba de ella misma.

Pero no solo lo hacía por eso.

Al cabo, me enteré de que parte de la leña la dejaba en la puerta de la parroquia, sin dar señales, sin decir nada, cada día, pensando en cumplir una condena, un pago a plazos, una deuda que nunca vencía. Esto lo supe después, al poco de que falleciera. Me lo dijo la señora Carmen, que la veía desde su ventana ofrecer su penitencia diaria, en silencio, sin hacer ruido, invisible.

Redimiendo su culpa, maldita culpa, ¿De qué?

Si sabía de qué. Pero era tan injusto.

Yo conocía a Teresa de toda la vida; vivíamos en el mismo pueblo, éramos primos, como tantos, procedentes de unas cuantas familias que habitaban en Bausen, una aldea pequeña en Pirineos, cerca de la frontera con Francia. Algunos, los más arrojados, marcharon a trabajar a Tolouse, la ciudad francesa más grande y cercana a la frontera.

Otros nos quedamos en el pueblo dedicados a la ganadería, en aquellas tierras montañosas, húmedas, frías, con meses de nevadas interminables que nos incomunicaban con el resto de los pueblos del valle. También con primaveras y veranos repletos de una naturaleza que estallaba en colores, vegetación, cascadas y ríos caudalosos.

Una de esas primaveras, Teresa y yo coincidíamos todas las tardes, junto al grupo de mozos y mozas con el que nos sentábamos a charlar al final del pueblo, donde una pequeña pradera se alzaba sobre todo el valle de Torán, ante unas vistas privilegiadas. A Teresa le gustaba hablar conmigo, nos reíamos mucho, le hacía gracia todo lo que yo decía. Era muy risueña, y a mí me gustaba tanto su risa!

Mi madre, a quien le fueron con el cuento de que pasábamos mucho tiempo juntos, me dijo un día: -"Francisco, hijo, me han dicho que vas mucho con la Teresa... Es tu prima, lo sabes? No te enamorisques de ella, ya sabes lo que dice el padre Joaquín de estos matrimonios, que no los consiente la madre Iglesia, no te pongas a mal con él, que es como ponerse a mal con todo el pueblo. Yo te aviso, aunque tú ya sabes de todo esto, que ya tienes veinte años y no hace falta que te explique muchas cosas."

No, efectivamente no hacía falta que me explicara cosas que yo ya sabía. Pero a esas alturas, ya estábamos enamorados y no había marcha atrás.

Teresa y yo fuimos a hablar con Don Joaquín, para decirle que nos queríamos casar. Nos recibió en la sacristía y nos escuchó con la expresión del que le cuentan algo que ya sabe. Frunció el ceño, carraspeó y

nos dijo alzando la voz: -"Francisco, Teresa, Dios os ha concedido un amor que no puede bendecir; sois parientes y ya sabéis que la iglesia prohíbe este tipo de matrimonios."-

-Pero-, le dije yo, nervioso y azorado, - El Román y la Virtudes son primos y pudieron casarse hace dos años -.

- Sí, lo sé, lo sé, tuvimos que escribir a la diócesis de Urgell, con una solicitud muy fundamentada y con muchas razones eclesiásticas que hacían el matrimonio católicamente viable -. Dijo Don Joaquín.

-Y perdóneme Don Joaquín, pero me estoy acalorando, y no quiero faltarle a usted ni a nuestro señor, pero todo el mundo en el pueblo dice que pagaron 200 pesetas para obtener la dispensa de matrimonio eclesiástico, y ahí están, casados y bien bendecidos por Dios -.

- Bueno-, dijo Don Joaquín, - Los dos sois buenos cristianos y vuestras familias son buenos y virtuosos católicos, podríamos ver que se puede hacer en la diócesis, aunque la dispensa, puede suponer algunos duros más que cuando se casó el Román. Igual con 60 duros y con mucha oración se puede hacer algo.-

Y ahí quedó la cosa.

Muchas discusiones tuvimos Teresa y yo al respecto de este tema. Éramos pobres, 60 duros eran muchos. Aun así era posible trabajar duro y en un par de años disponer de ese dinero. Pero esto había provocado en mí una rebeldía, una pared que ya no podían escalar las buenas razones, las palabras sensatas, el sentido práctico. Sabía que suponía vivir fuera de la decencia, de lo cristianamente bien visto, condenamos a vivir marginados, con los vecinos del pueblo apartando la mirada, la palabra y la relación, aunque quisieran, aunque les pareciera tan injusto como a mí, pero sin poder salir del orden establecido.

Y dijimos No.

Teresa dudó más, tenía más miedo. En realidad siempre se sintió culpable por ello, pero sentía la rabia y la impotencia igual que yo. Y decidimos ir adelante sin el consentimiento divino. Solo con nuestro amor, que es lo único que teníamos, y lo único necesario a nuestro modo de ver.

Tuvimos dos hijos, vivimos muy felices. Nos hemos querido mucho.

Ella se fue demasiado pronto.

Y no. No me he arrepentido nunca de nuestro paso desobediente.

Cuando murió Teresa, Don Joaquín me dijo que no podía darle Santo Entierro en el cementerio, porque vivíamos fuera de la Ley de Dios. Que tendría que enterrarla yo mismo en mis propias tierras.

Fui a lo alto del collado donde pacían algunos de nuestros animales, a medio kilómetro del pueblo, y al pie de una acacia, enterré a Teresa, tan joven, tan amada. Mi amor, mi mujer. Sin bendición. Sin perdón.

Alrededor de su tumba, empecé a construir un muro rodeándola, y de repente vi a todo el pueblo que venía a darme su pésame y a ayudarme a levantar el muro. Hubo lágrimas de tristeza pero también de rabia y de vergüenza.

Adiós Teresa. Volveremos a estar juntos.

Este relato está basado en la historia real de Francisco y Teresa, que falleció en 1916 a la edad de 33 años en Bausen, en el Valle de Arán.

Allí está la tumba de Teresa.

Es el cementerio no cristiano más pequeño del mundo, con una sola tumba. Si pasáis por allí y subís hasta el collado, al lado de la acacia, que aun existe, podéis ver su lápida y recordar su historia.